

OCTAVA DE LA NATIVIDAD. SANTA MARÍA MADRE DE DIOS
Homilía del P. Manel Gasch, monje de Montserrat
1 de enero de 2018
Núm 6,22-27 / Gal 4,4-7 / Lc 2,16-21

Su espíritu tierno, a caminar por la vida me enseña, me guía y me lleva por el llano sendero, así, en nombre de Jesús comienzo este año. Estas palabras de la cantata 190 de Bach escritas para ser cantadas en Leipzig el uno de enero del 1724, continúan siendo actuales hoy primer día de este 2018. Y son actuales porque la memoria a Jesús de Nazaret es tan válida hoy como siempre y quizás incluso lo es más...

El evangelio de hoy queridos hermanos y hermanas nos trae esta memoria de Jesús en el Pesebre: la escena de su nacimiento, de la adoración de los pastores que van y vuelven después de haber escuchado la anunciación y de haber comprobado su exactitud.

La primera predicación cristiana comenzada después de la muerte y de la resurrección del Señor quiso recuperar en la redacción de los evangelios este nacimiento de Jesús en la pobreza, a la intemperie, testimoniado por quienes compartían con él la noche y el raso. Y este pesebre, nos lo hemos hecho nuestro. Nos lo hemos hecho nuestro porque, como los pastores, vemos lo que nos habían anunciado y que hemos ido preparando todas las semanas de Adviento y asumiendo durante esta octava de Navidad. Nos lo hemos hecho nuestro pues todavía lo ponemos en muchos hogares de nuestro país, superando la indiferencia que ha arrasado tantas otras prácticas y costumbres cristianas. Nos lo hacemos nuestro cuando no sólo reproducimos el pesebre sino que hacemos un esfuerzo por colocarlo en un lugar conocido, por "hacerlo venir a casa". Es muy frecuente entre quienes hacen pesebres el reproducir lugares familiares, el entorno propio. No ha sido una excepción el pesebre familiar de nuestra comunidad que reproduce este año las plazas y la fachada del monasterio. Nos lo hacemos nuestro cuando vestimos las figuras con trajes contemporáneos, como el que veis aquí, al pie del presbiterio o las representamos de una raza diferente. Tengo en el despacho un pesebre africano donde todos son africanos.

Todo esto va mucho más allá de una costumbre emotiva. Puede expresar, y os invito a verlo así, el deseo profundo de que Jesús nos sea próximo, sea nuestro contemporáneo. Este deseo es deseo de Dios. Aparece como anhelo de felicidad, de paz, de sentido en las vidas de los hombres y mujeres de todos los tiempos. Aparece consciente o inconsciente, por una cuestión cultural o contracultural, en la paz y en la adversidad. Observando el recuerdo del nacimiento de Jesús de Nazaret captamos que estos deseos pueden ser realidad cuando lo evocamos en nuestras vidas, en su amistad, en la búsqueda de su presencia en nuestro interior.

Los monjes quisiéramos contemplar el misterio de Dios y de este Jesús en la Escritura toda referida a Él, en el silencio, en la belleza de la creación natural y humana, en los hermanos y en las hermanas y quisiéramos poder transmitir a todos la fecundidad de esta contemplación para animar a descubrir, más allá de lo que vemos, lo que sólo intuimos.

Pero no olvidemos nunca qué estamos contemplando: el Pesebre y el terco regreso a la realidad de este Belén que es el nacimiento de un niño pobre, de un pueblo oprimido, testimoniado por unos pastores pobres y que es donde, por encima de todo, Dios ha querido hacerse presente en el mundo. Ojalá no culturizásemos nunca el pesebre como algo bonito y basta, y tuviéramos presente la tragedia de los inmigrantes, los sin techo, de los perseguidos, de los niños necesitados, de todos

aquellos que las bienaventuranzas llaman felices y que este pesebre nos evoca para hacernos solidarios.

Un escrito reflexión sobre el 2017 escrito por un muy experimentado abad argentino, totalmente independiente de nuestro contexto y que recibí ayer decía: "Mi percepción a medida que me hago mayor es que no hay años malos. Hay años de grandes aprendizajes y hay años que son de recreo, pero no son malos. La forma de evaluar un año debería depender más de la capacidad de amar, de perdonar, de reír, de aprender..." Creo que son cuatro actitudes que nos acercarán al Evangelio y que además de permitirnos valorar nuestro agitado, lleno de eventos y agotador 2017 que hemos terminado, nos pueden también ayudar a encarar en 2018 llenos de buenos propósitos, diciendo sinceramente con J.S. Bach: *Así, en nombre de Jesús comienzo este año*. Feliz Año nuevo a todos.